

tro que antes. Donde no asusta el dictador, el rey absoluto no sé por qué había de asustar. No existe en mí rastro de prevención contra los carlistas, y aunque es discutible, en mi opinión, su derecho estricto á cantar la parte de Pilatos en el drama lírico de nuestra Pasión y Muerte nacional, como en efecto, aunque han perturbado, no han gobernado, ni gozado, aparecen menos reos que los otros de la sangre del Justo. Hay que reconocer todo esto, así como varias cosas más que se me ocurren y no escribo, y que antes son en pro que en contra de la causa fénix, siempre reducida á cenizas y siempre resucitada; y el que recuerde ciertos artículos míos que dieron por resultado la escisión definitiva del partido tradicionalista, no dudará de que no soy un sañudo enemigo de esa causa. Lo único que me parece terrible es su reincidencia, su sintomática reincidencia.

¿Volver ahora á las compras é introducciones furtivas de pertrechos, municiones, armas, corraje y botiquín? ¿Otra vez á desenterrar los trabucos mohosos, los fusiles de chispa, los cuchillos de caza, las navajas albaceteñas? ¿Que resuenen los ecos de los montes con el *desperta ferro*? ¿Que se lea nuevamente, *de oculis*, el *Cuartel Real*? ¿Que preparemos, en los viejos Pazos, el escondrijo por si tenemos que ocultar á algún fugitivo cabecilla? ¿Que barran cuidadosamente las celdas del castillo — cárcel militar, — en que han de ser custodiados los presos políticos? ¿Más boinas de chapa dorada y C. VII? ¿Más recortes rojos sobre blanca franela, con la leyenda, empapada en llanto y besada con fervor, «Detente, bala; el corazón de Jesús está conmigo.»

¡Vive Dios!, que esto remozca, y á cualquiera se le quitan de encima veinte y pico de años. No nos encontramos en el de 1898, sino en el de 1873; no ha sucedido, ¡qué alegría!, nada de lo que deploramos; son un mal sueño la guerra norteamericana y la pérdida de nuestras últimas colonias... Todavía galopa la infanta Nieves por los fragosos caminos de Cuenca á Teruel: veo flotar suelto el dormán de la intrépida amazona, aquel dormán que en la peligrosa sorpresa ha de salvarla, porque, desabrochándolo con heroica sangre fría, lo deja en manos del soldado que lo asió. Todavía recorre Saballs las asperezas de las quebradas profundas de Cataluña, las márgenes del Llobregat ó del Ter; todavía en la cima de Mendizorrotz truena el cañón, y esa muchedumbre que veo bullir en son de fiesta acercándose á la ribera del mar, son gentes que se encaminan á Guernica para ver á D. Carlos jurar solemnemente, so el roble, los fueros de Vizcaya...

Y los que entonces presenciaron todo esto; los que pueden decir «allí estaba yo» dudaron, cuando ante sus ojos se desarrollaban tales acontecimientos, si la mancha blanca que aparecía y desaparecía entre los riscos, era la boina de Radica ó la capa milagrosa de Cabrera... La serpiente que se mordía la cola y que vuelve á morderse la cola con furia hoy, engañaba y engaña á quien la contempla: mientras las demás naciones evolucionan, renuevan la historia, cambian de piel, España continúa describiendo la O enorme, el círculo de la eternidad, como si el siglo no hubiese transcurrido y estuviésemos en los años que precedieron á la muerte de Fernando VII, en los primeros hervores del *descontento* y de la conjura *apostólica*.

Hay momentos en que se desea que ese partido, que sale á la superficie á la hora de las desdichas y las grandes catástrofes, llegue á la legalidad, para que pierda su carácter de espectro, de *revenant*, de sombra jamás aplacada. Unos años de mando, ¿qué harían de ese partido? La experiencia sería curiosa, á menos que, como muchos creen, mandasen exactamente igual que los liberales, por ser éstos, en realidad de verdad, unos empedernidos tradicionalistas.

Nótese que la cuestión de derecho ha pasado á ser muy secundaria. Nadie la discute. Perdería el tiempo el D. Miguel Sánchez que hoy escribiese otro libro sobre la «Novedad é ilegitimidad del carlismo» para demostrar con gran copia de documentos y citas que la ley sálica ó francesa siempre ha sido rechazada en nuestro país; que, según nuestros antiguos jurisconsultos, la mujer es «enteramente capaz del cetro»; que Juan de Rojas, Simancas, Covarrubias, Burgos de Paz, Valenzuela Velázquez, *et sic de ceteris*, han estado conformes en la misma opinión, y Salazar de Mendoza ha dicho que excluir á las hembras es cosa odiosa, irracional, inicua, equivalente á desheredar, y contraria, según Molina, al derecho español; que los teólogos también enseñan que la mujer puede y debe reinar; que esto se esfuerza hasta con textos de la Sagrada Escritura; que el *Auto acordado* ó ley carlista está truncado y le

falta una cláusula esencialísima; que los mismos obispos aconsejaron á Carlos IV su derogación; y que, en suma, el carlismo, en vez de ser la tradición, es una especie de secta novísima y heterodoxa. — A su vez malgastará papel y tinta el que, siguiendo las huellas de mi antiguo amigo el docto abogado don Félix Alvarez Villamil, se consagre á sostener tesis enteramente contraria á la del famoso padre Sánchez, y dé á luz una *Cuestión dinástica*, donde se les aporreen los huesos á todas las señoras que han ejercido en España el poder real, desde Ermesinda, hija de Pelayo, hasta Isabel II. — Tales debates apenas interesarían al público, ni los leería. El carlismo no es ya pleito de sucesión, reivindicación de mayorazgo: es una de las formas que revisten el pesimismo y el dolor nacional, uno de los *otracosismos* (valga la palabra) en que vagamente se espera...

¿Recordáis la leyenda del rey Artús? Desapareció, pero cruza transformado en cuervo por los celajes grises y brumosos del país de Gales. ¿Y Federico Barbarroja? Algún día le verá Alemania salir de la cueva que en las márgenes del Rhin le presta asilo: su barba ha crecido tanto, que da la vuelta siete veces á una mesa de piedra. ¿Y D. Sebastián de Portugal? Tampoco yace en la tumba: el África le devolverá al fin, mutilado y glorioso. Los pueblos no creen en la muerte de lo que encarna sus aspiraciones, y la Tradición, alma del pueblo, medula de sus huesos, se resiste á extenderse en el sepulcro...

Todos estos pensamientos — más bien melancólicos, y sugeridos por la noticia de un empréstito que nos amaga con una guerra civil — me acudían á la hora en que las últimas gotas de la lluvia temblaban aún en la corola amarilla de las margaritas arbóreas. Cubiertas de flor tan lindas plantas ahora en invierno como en primavera, parecían una sábana de plateadas estrellas, con áureo corazón. Eran las margaritas vivo comentario á mis reflexiones. Un tiempo, ellas, las flores del amoroso interrogatorio, las flores de Gretchen, fueron símbolo de la tradición en España. Se hacían de trapo, de plata, de esmalte, de oro, de perlas, de brillantes, y se lucían en los sombreros, en la garganta, en las orejas, en el moño, en el pecho, en brazaletes, en cinturones... Llamábanles en Francia *le bijou carliste*; y en los saraos, flores de lis y margaritas se miraban de reojo, como desafiándose. ¿Quién se acuerda ya de las pobres margaritas? La naturaleza las produce hoy tan frescas, tan lozanas, tan graciosas en su sencillez semicampes- tre; pero nada representan; y las mujeres jóvenes y hermosas que antaño las ostentaron, para combatir un régimen político y manifestar su entusiasmo hacia otro, son ahora matronas que ni recuerdan por qué, entre los estuches de su guardajoyas, hay uno que encierra una *extraña* de pétalos de diamantes con un topacio en medio... Doña Margarita de Borbón debió, á su nombre de flor, el privilegio de imponer modas; y dudo que las damas carlistas actuales, por muy entusiastas que las supongamos, adornen sus vestidos y abrigos con una *berta*, hoy que las bertas no se estilan...

También el destino de las esposas de los Pretendientes es, á distancia de años, una repetición de emociones análogas, un cuento que se parece al que oímos contar la víspera. La princesa de Beira disfrutó de la emoción de oírse llamar reina, en territorio español; doña Margarita escuchó igualmente, en el país basco, no la frase con que saludan á Macbeth las brujas, y que es profecía, sino otra más expresiva, que supone la profecía realizada. Lo mismo que la esposa de D. Carlos María Isidro de Borbón, la de D. Carlos de Borbón y Austria de Este fué, en territorio español, recibida á vuelo de campanas, á los acordes de la marcha real, entre iluminaciones, cohetes y al eco de aclamaciones delirantes de entusiasmo. Las dos damas habían pasado la frontera furtivamente, las dos se despertaron sobre un trono, chiquito, sí, pero al fin trono. ¡Qué recuerdo para el destierro! ¡Qué novela para estarla reviviendo siempre, en la soledad! Yo comprendo que á doña Berta de Rohán le palpita el corazón muy fuerte; que á D. Jaime, mozo, animoso, habituado á vestir el uniforme, deseara quizás de estrenar las armas, le dé vueltas en las venas la sangre — al fin sangre real española. — El desengaño, cuando llegue, que llegará más pronto de lo que nadie se figura, con la probable imposibilidad de galvanizar el cadáver del espíritu belicoso carlista, será para estos dos — para la esposa y el hijo, — total y profundo.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARGARITAS

El anuncio de que los carlistas van á echarse al monte otra vez, me ha recordado aquella famosa serpiente que se muerde la cola, símbolo de la Historia, en opinión de Vico (el filósofo). — No sé si se muerden la cola otras naciones; pero España... ¡con qué fruición y constancia se entrega á ese significativo *sport*!

Morderse la cola es sin duda el carlismo, no por ser carlismo, sino por seguir siéndolo. — Trataré de explicar este concepto un poco obscuro, aunque lo siento mejor que lo defino. — En cierta ocasión, viajando, no en ferrocarril, ni siquiera en coche de línea, sino en nuestra ligera cesta de mimbrés, que nos permitía detenernos donde más nos agradase, paramos en un mesón del camino, y oímos perorar á un zapatero con báquica elocuencia. Nos cayó en gracia el pellejo aquel, y por hacerle hablar le preguntamos si era casado. «No, respondió con energía. — ¿Soltero? — ¡Tampoco! — ¿Viudo? — ¡Menos!» Ya despierta la curiosidad, como ni de eclesiástico ni de fraile tenía trazas, insistimos: «¿Pues qué es usted entonces? — ¡Reincidente!,» declaró con brío. Por más que hicimos no le sacamos otra declaración. «¡Reincidente, reincidente!,» repetía haciendo eses y con estropajosa lengua. El carlismo se parece á aquel zapatero, no digo en la embriaguez, sino en la misteriosa *reincidencia*, que no sabemos que estado será..., pero es un estado.

Nótese que yo no hago la crítica, ni menos la censura, del carlismo. Sin tal vez, hay en él mucho de castizo, y por consiguiente, de simpático á los españoles. Los carlistas reniegan de ser llamados *absolutistas*; vamos no obstante á suponer que lo sean: ya la palabra *absolutismo*, después de nuestras infinitas desventuras, no tiene el sonido repulsivo y siniestro

Dice el fran-
concep
la rent
arguye
guye q
cuand
suelen
el niño
hombr
«ciegu
y el mi
el vasc
Al n
al corr
bo, de
cia á u
vez, la
de con
hacer
econó
recibe
timos
tu de
que ni
zando
me tie
o, y e
lel) y
hace
echa l
esplen
les, g
valor
de fra
total,
cribes
que te
incon
dtil d